

Chan Chan en la poesía y la narración

VISIONES DE CHAN CHAN

José Eulogio Garrido

Visión XXIII

Aquí en este laberinto.

Aquí, en este laberinto, se me perdió el alma hace
quién sabe cuántos siglos.

Fue aquí, en este laberinto y no en los fútiles
laberintos del mundo, donde se me perdió el alma.
Desde entonces mi cuerpo ha ido pegado a otras
almas, y mis almas, tomadas de acá y de allá, han
ambulado con otros cuerpos por los falaces
caminos del tiempo y del espacio.

Y, ahora, que mi memoria resucita y tiembla como
un sutil cristal transparente, recuerda que fue aquí
donde mi alma se perdió.

La mañana es como una inmensa campánula azul,
volcada sobre esta ciudad de tierra que no quiere
acabarse.

Yo, con mi cuerpo de ahora y con mi alma de
ahora, he venido instado no sé por qué voz
recóndita hasta aquí para constatar este hecho
imposible.

Y al venir a parar entre este laberinto, desde donde
es tan remoto y tal azul el cristal de la mañana,
siento cómo mi memoria de antes vuelve a vibrar y
recuerda, vagamente, que aquí fue donde se perdió
mi alma de antes, mi primera alma, mi alma
primaria.

Mi memoria, como un lente retrospectivo, va
escrutando en lo que ya pasó.

...Fue una mañana tan antigua... Más azul que
ésta, de un azul de zafiro... La mañana de
entonces no fue una campánula azul volcada; fue
una inmensa ánfora de cristal azul y en el fondo
de ella esta ciudad amarilla que ya se desmorona,
se erguía soberbia con sus muros hoscos y
vigilantes...

...Sí... al vagar por esta calleja larga, con sus
muros paralelos, inacabables, fue que oí un rumor
envolvente y ronco... Era como si detrás del muro
de la derecha, una multitud orara.

Yo había venido de lejos, de muy lejos a estas
llanuras. Bien lo recuerdo. Había venido desde
una montaña remota, a saber el oráculo de mi
destino.

Por esto era que esa mañana, caminaba por en
medio de este callejón desierto. Amarillo, de un
amarillo nacarado estaba el callejón y, arriba, el
cielo tan azul; y al igual del callejón un cerro
dentado y hosco, tallado, titánicamente tallado en
un bloque de granito grisazul...

Así como esta mañana.

El rumor clamante del otro lado del muro creció
como la ráfaga de un ventarrón.

Fue entonces que divisé empotrada, a la mitad del
muro de la derecha, una puerta pequeña, y hacia
ella fui casi sonambúlicamente.

Penetré por la puerta y por ella, del otro lado, me
llegó el turbión de la multitud y el mensaje áureo
de la luz que esmaltaba otro callejón.

El callejón que vino a mi encuentro, al transponer
la puerta, fue cortado por otro y luego por dos...

Yo seguí caminando hacia el rumor como un
autómata... Nadie... nadie... Sólo el clamor
pávido lejos... Y un tronar seco de tambores y un
alarido de trompas en agudo.

La encrucijada se multiplicó...

Fue, entonces, que me hallé, en el centro del
laberinto, pávido, ensordecido, deslumbrado,
desasido de lo de antes...

Sentí un extraño desgarramiento interior y ya no
oí nada ni vi nada... nada...

Fue aquí en este laberinto donde se me perdió el
alma aquella mañana tan vieja ya...

No he venido a buscarla, no...

Ya no...

¿Para qué?

Sin embargo, siento, ahora, que entre el laberinto y yo hay como un eslabón hecho de sueño y de sortilegio...

El aletazo de un ave del mar que ha venido a pararse sobre uno de los ángulos del laberinto, agita el aire azul y, simplemente, decorativamente, sin porqué...

ANA ÑUSTA Y LA CIUDAD LUMINOSA

Francisco Xandóval

En el país de los Chimús,
linda de luz junto al mar,
una ciudad florecía,
y era su nombre Chan Chan.

Formábanle las montañas
hemiciclo colosal;
de modo que ella dormía
en dulce y fragante paz,
coronada de azoteas,
florecida de amancaes,
escoltada por los Andes
y arrullada por el mar.

Sus trapeciales palacios
viéronse un día emerger
como gigantescas flores
bermejas, a cuyos pies
enjambres de toldos de alga
batiendo como un cairel,
poblaban de gloria el sueño,
de alba, de gracia y de miel.

Tiendas de las alfareras
que gritan al viento: —¡Aibec!,*
y ensamblan de estruendo el aire.
cien tamtanes a la vez
con su fanfarria de plata
hienden el atardecer
indio, y, a un cuerno de la luna,

de una tienda en el dintel
—cántaro de agua de oro—
se oye una voz de mujer.

Plazas, talleres, salinas,
cisternas y, por doquier,
el hechizo de la vida
que lo llena todo, pues
el sol es radiante, límpido
el cielo, azul, el mar e
ilustre el canto. El amor
entona su himno de ayer,
de hoy y siempre en la diáfana
paz del trabajo y el bien.

Desde los glaucos estanques
junto al mar, lindo es de ver
cuántos caminos se muestran,
y santuarios en andén,
grandes hornos, factorías
y el dinámico vaivén
de aquel concierto moreno
de hombres puros, cuya fe
se simboliza en los signos
de eternidad que se ven
en sus huacas y en la frente
de los príncipes y el rey.

Y a la noche oscura, el vago
misterio de Dios, en que
relucen fosforescentes
los raros ojos del pez
de los augurios, que bullen
en la esclusa de Chepec:
el pez demiurgo que anuncia,
medroso, el acontecer,
y al que eunucos sacerdotes
vienen su sangre a ofrecer,
para sentir el contacto
telúrico, el no sé qué
trágico que en lo profundo
de sí les hace entrever
giro de astros, luz de luna,
rombos de fiebre y de sed,
signos del destino humano
más allá del mal y el bien.

* Aibec en lengua yunga significa cambiad, trocad.

que lanza
desmesurado grito.

Chan Chan caballo de
totora, pelícano,
llanura.

Talladura de barro
donde el hombre
sembró como maíz
su reciedumbre,
hasta llegó a
sembrar
su corazón aquí
y llegó a cosecharlo
en una diminuta
alba de lluvia.

Vasija del recuerdo,
enorme huaco,
cuánta mano bronceada
forjó tu piel
ocre de tierra,
azul de mar,
verde de chirimoya
blanca de virgen,
roja de pueblo
para después cantar,
estrellas y minutos.

Última sombra
de la primera madre
el hombre baja a los subterráneos
sube a los paredones
para asombrarse
de tanta magnitud
de tanta arcilla
imperio de la ausencia
apenas se te puede llevar
en la memoria.

En la Esmeralda
hay hora de tambores
aquí es a mí, no hay puntos
cardinales ni tropiezos.

Aquí es la tierra misma
eternamente arcilla.

En El Dragón
hay hora de cosecha.
Aquí están las entrañas
del origen, la dimensión
del tiempo, el éxodo
del canto.

Vestidos de pesar
llegamos al extremo
de tu luz detenida,
Chan Chan,
para encontrarnos
a nosotros mismos
y así sabernos
cerámicos pequeños
angustiados cerámicos.

En nuestra Patria
hay una hora
de pómulos,
Arcilla erguida
Mochica Padre, Chimú.
Padre dos veces
ojera desmedida, indio
de caña brava, de
brava soledad;
sin espacio ni siglo
vive en silencio.

Te dormiste en
la playa para soñar,
tú, libertad de ave,
vive sin tiempo.
Recuérdante
como una cosa triste,
vive sin llanto.
Los días las pisadas.
El maíz y los dioses
están lejos.
El hombre volverá,
vive sin sangre
el hombre, un otoño

MAGNITUD DE ARCILLA

Manuel Ibáñez Rosazza

En el inicio
hubo sólo el verbo,
luego existieron hombres.

El hombre puso arcilla
sobre arcilla,
luego fueron los muros.

Además de la arcilla
el hombre
se puso hombre.
Chan Chan
se hizo.

Arrebatando espacio
a las gaviotas,
surgió un día Chan Chan
con un rostro de polvo
y de rocío.

Era un nido de arcilla
para hombres, era
un cóndor salino
detenido en la playa
con las alas
abiertas para el vuelo.

Ahora el viento atisba
desde la altura, hace
enredaderas
nos asusta
la historia.
Flota junto a la arena
un opaco clamor
de tiempo mudo
como una voz de Ande
que nos viene.

No hay nadie
pero invisible
gente
transita por las calles.

Hombres en la madrugada
con un bosque de oro
bajo el pecho
y redobles
de piedra
en plena cara.

Mujeres
con pedazos de luna
en los pulseros,
halando peces
y pinceles de noche
en los cabellos.

Desde abajo, desde
el agua, desde las huacas
la vida y el aire
se confunden.

¿Quién se llevó
Los árboles?
La hierba es color
siempre:
empecinada
avanza hasta la espuma
del mar y se descuelga
entre nuestro ser
y el primer Huaco,
entre nuestra sonrisa
y tanto hueso
Chan Chan relámpago caído
por rebelde
alma de niebla
que asciende
para besar la cumbre
que hay en el fondo.

Chan Chan ronca canción,
casa de nadie, casa
sin ventanas,
silabario de quenás
proclamando revueltas.

Chan Chan ayer del hoy,
hoy del ayer

volverá,
definitivamente.
Volverá.
Definitivamente
al polvo tú
un presentido día
de otoño, de gaviotas
y arcilla.
Tiempo será
del sitio verdadero...

POEMAS DEL CAMINANTE PARA CHAN CHAN

José Hidalgo

V

Aquí me tienes, pues,
Chan Chan, ciudad heroica,
tatuada y rescatada,
victoriosa y sobreviviente,
inmóvil y agazapada
bajo la túnica agrietada
del eterno barro.
La furia del viento
me devuelve los gritos
triunfantes y las voces
de los que un día te crearon
y ahora duermen
envueltos en tus brazos
y tu abrigo.

VI

Lo mismo que un fantasma
me acerco al calor
humeante de tus muros y dejo
que mis pasos deambulen
por tus calles y plazas y avenidas.
Gente Chan Chan dejó también aquí
sus más humanas huellas
ofrendándolas a dioses
como el viento y el dragón.

VII

Pero, el viento no pudo jamás

con estos muros. No pudo
jamás con estas manos invisibles
que me dan sus manos.
Nunca pudo con estas sombras
alzadas en el barro y sus raíces,
con este aliento y estos ojos
que me espían. Nunca contigo
Metrópolis del Mundo, ceramio
gigantesco de frisos y murallas.
Nunca y jamás con esta sangre
convertida en barro.

VIII

¿Qué dios, entonces,
inspirado en el amor te tomó
entre las cuencas alfareras de sus manos
y acuñó sus indelebles huellas digitales
en tu cántaro esparcido a flor
de tierra?
¿Qué dios
sopló tu cuerpo para abrir
de par en par gozosas puertas y ventanas
y concibió y dibujó su paraíso
en la cáscara maleable y fresca
de tu barro?
¿Cuál
fue el que te creó y te eligió
para que le sobrevivieras?
¿Qué dios
quiso dejarte, Chan Chan, en señal
y como prueba y testimonio innegable
de su eterna existencia ya acabada?

IX

He aquí que ahora se oyen
pututos y tambores. Muchedumbres
que aclaman, te invaden jubilosas.
Y emergiendo entre espejismos,
confundidas en el ronco clamor
de los guerreros, van las voces y las risas
de los niños mochicas y sus cantos.

X

Y es el viento,
y otra vez de nuevo y longevo
el viento que ruge

en la solitaria región
de tu arquitectura.
Y es la sed
que ardiendo corre enloquecida
y vertiginosa danza
en la espiral de los remolinos.
Y es el eco
llamándose así mismo,
siempre alerta
entre los poros del adobe,
como el único guardián
que atisba
 que habla,
 que camina
por el lomo quemante
de tus calles.
Y es la mar
con sus pájaros y peces
cantando para ti.

XI

Pero, el sol
ya se acuesta por Huanchaco
escoltado entre espadas
de totora y yo debo seguir
por mi camino,
caminante que te halló
como al azar.
Caminante que al mirarte
se detuvo sorprendido
entre la red de tus murallas
y la imagen del Ciempiés
evocando con nostalgia a los viajeros
en tu Templo del Dragón.
Y yo debo seguir por mi camino
después de saber que por ti pasaron
las furias de mil vientos,
que cayeron sobre ti los cataclismos
y las aves de rapiña
te invadieron sin saber
que ya eras inmortal.
Aurinegros huanchacos
tejen trinos de victoria para ti.

SIETE CANTOS DE CHAN CHAN

Rolando Toro

Avancé por las calles
 perdidas
 de ausencia.
Te busqué entre los muros
 dormidos.
Fui por el pasadizo de los peces
más allá del mar.
Crucé los patios y los corredores
 llamándote, hermano.
Hundí mi rostro en la raíz del cielo
 y no encontré tu dulzura
 ni al escultor de pájaros
 ni al constructor de balsas.
Pero en el seno de la tierra
cayendo a las entrañas del abismo
sentí el gemido y las rosas temblando.
No fue en el cielo
 sino en el barro germinal
donde encontré tu rostro.
Toqué los surcos abiertos por la furia
y en la herida de la arena
hallé el secreto estremecido de las vidas ausentes.
Llamé por las ventanas
agugeros del tiempo
 con cuencas vacías
y apareciste tú,
 dulce hermano chimú.

II

Manantial de la luna
humedad genital de los estanques.
Cuerpos desnudos
confundidos con la verde energía.
El pez en la cabeza
las anguilas por brazos.
La luna en hachas y cuchillos
besando las semillas.
Si-an la terrible derramando leche.
Los pescadores cabalgando
 barcas de totora
en el océano furioso.
El mar distribuía el alimento y la muerte.

III

¿Cómo eran tus amores, pueblo Chimú?
 ¿Cómo surgía la música de tus
 quenas sagradas?
 ¿Dónde hallaste el junco de tus barcas?
 ¿Dónde danzaban tus vírgenes para
 el aniversario del rey?
 Me tiendo sobre tus lomas
 espaldas de gigante.
 Camino por los laberintos
 donde guardabas la cosecha
 los tributos y los sueños del amor.

IV

El huracán del tiempo
 acaricia mi rostro, abriendo
 espacios de dolor
 y marcando las fases de la luna.
 Somos el mismo hombre ayer y hoy
 caminando el mismo sueño
 el mismo río de frutos
 el mismo mar de las mujeres
 y el vendaval de la muerte.
 Hemos estado juntos hace mil años.
 en el beso
 mujer chimú
 Te vi pasar por el patio de los reyes
 con el cuerpo enlazado de zarcillos
 y serpientes.
 La gloria es el horror
 de ser arena caminando en la brisa...
 He vivido mil años
 en esa medusa de ilusión
 en este mar profundo y verde.
 Conozco la huaca del Dragón
 el Templo del Arco-Iris
 y el peciolo de la noche.
 Soy más viejo que la piedra más antigua.
 El huracán fue mi canción de cuna
 los grandes lagartos mis amigos.
 He vivido mil años
 en este agujero negro
 del amor perdido apenas encontrado.
 Descubro tu rostro de niña, mujer chimú,
 cada mil años.

V

Volveremos de nuevo
 como semillas indestructibles
 generando, cada segundo,
 terrible verdad.
 Renaceremos una y otra vez
 en el útero maravilloso
 de la contemplación.
 Volveremos a los senderos inundados de luna
 a los relojes de agua
 de primavera y llanto.
 Volveremos en cada pensamiento
 y en cada una de las danzas.
 Allí estaremos siempre
 semillas errantes.
 Renaceremos para iniciar de nuevo
 el amor.
 Volveremos vestidos de barro
 en infinitas nuevas formas.
 Volveremos príncipes terribles.
 Alfareros,
 joyeros de los ojos de águila.
 Sembradores de Kiwicha.
 Panaderos, amantes,
 visionarios del cielo
 visionarios del abismo.
 Volveremos desde el reino de la muerte
 para encontrarnos y ser frutos
 en el árbol sagrado del mundo.
 Volveremos cantando, iluminados
 volveremos pescadores
 agitando redes.
 Sacerdotes con vasos de plata
 alzados a la luna.
 Sacerdotes del sol
 elevando cálices de oro.
 Volveremos
 con lanza de relámpagos
 con un tigre rugiendo en la sangre
 a consagrar de nuevo el maíz.

VI

¡Oh Dios Sardina,
 Dadnos abundancia!
 ¡Diosa del mar,
 Salvad los náufragos con tu mano verde!

VII

Porque lo indestructible
es la vida
cuando navegas en los ojos
(lo indestructible es el instante).
Es posible que vayamos caminando
entre ruinas.
Es posible que la última visión
del amor no vuelva jamás
a las selvas y a los ríos.
Pero lo indestructible tiene forma humana
miradas, danzas, besos.

Lo indestructible nos reconoce.
Lo indestructible aúlla salvaje
cuando nos encontramos de nuevo.
Soy como tú, hermano Chimú,
ni de piedra milenaria
ni de acero cruel.
Sino de arena.
Arena que ríe y ama
arena pasajera
que se detiene un instante
en este agujero del tiempo
y descubre el amor:
la Semilla infinita.

EL DESAFÍO DE LOS HUACOS^{*}

Eduardo Paz Esquerre

*...y que atado está al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.
CÉSAR VALLEJO (poema "Huaco")*

Se encendieron grandes fogatas en la amplia planicie; la gente esperaba. Ñancenpingo y Fercheltán se reunieron allí. Cada uno traía en una mano, cuidadosamente tapada, una tinaja conteniendo el líquido verduzco que habían preparado en sus huacas, según reglas especiales, con maíz pinto, conchas rojas, rodajas del cactus huachuma y zumos de desconocidos ingredientes vegetales. En la otra, un huaco retrato.

Las sombras de sus acompañantes se movían en la oscuridad, ubicándose a prudente distancia de los dos para observarlo todo.

Fercheltán portaba un huaco retrato de rostro bravío, con dos protuberancias en el semicírculo frontal del tocado correspondientes a pequeñas cabezas de jaguar, de ojos abiertos, símbolos de dos tipos de poder y valor invisibles provenientes de los espíritus de los jaguares celestes. El rostro del cerámico, fiero, era el de Fercheltán.

En la cabeza del huaco de Ñancenpingo, brillante por el pulimento, dos gruesas orejeras dejaban ver, en relieve, los rasgos abreviados de su ave sagrada, emblema del tipo de sabiduría que vivía en esa fase de su vida y presente también en el significado de la sílaba inicial de su nombre, Ñan, ave, en el viejo idioma usado en la región. El rostro sereno del huaco era, a su vez, el del propio Ñancenpingo y miraba ligeramente hacia arriba.

Ambos cerámicos eran de paredes gruesas, barro duro cocido, gollete tubular arqueado, con cuello cilíndrico, vertical, encima y el centro del arco; aptos para guardar el líquido protector y de poder de las huacas.

Si la luz del Sol o de las fogatas tocara directamente el líquido, el efecto de sus radiaciones se debilitaría. Con este tipo de gollete, así el pico estuviera destapado, no había peligro de que llegara luz al contenido durante el día o la noche. La cerámica, con su líquido activo consagrado, dejaba de ser una arcilla cualquiera de alfarero para convertirse en una extensión de la huaca, es decir, en *huaco*: poder mágico en acción permanente.

* Cuento finalista de la V Bial de Cuento Premio COPÉ 1987, incluido en "Cide Hamete Benengeli coautor del Quijote y los cuentos ganadores del premio Copé 1987", Ediciones COPÉ, Lima, 1989.

¹ Profesor de la Universidad Privada Antenor Orrego.